

LO QUE NO SE DICE...

(Comedia en tres actos)

ISABEL F. DE AMADO-BLANCO y CUQUI PONCE DE LEÓN DE UPMANN

"La mujer aspira hacia las buenas costumbres, que muchas veces la inquietud del hombre obstaculiza"

Jorge Sinnel

PERSONAJES POR ORDEN DE APARICIÓN EN ESCENA

Lilium (*Mujer de reposada belleza sereno interior, su modo de expresarse inclusive de moverse responde al perfecto equilibrio espiritual de su vida. 35 años.*)

Elena (*Viva, alegre, ligera en el decir y accionar. No piensa lo que dice y dice todo lo que piensa. Edad 25 años.*)

Cristina (*Una mujer... ni mas ni menos que una mujer.*)

Alicia (*Treinta años llenos de pasión... de toda la mala y la buena pasión que se puede encerrar en una figura perfecta de línea atrevida.*)

Roberto (*Marido de Lilium, que no es poco teniendo que moverse dentro de la ordenada y meticulosa órbita de tan perfecta mujer.*)

Dick (*Treinta y dos años. Un uniforme. Todas las virtudes y alguno de los defectos que las mujeres sueñan que deben encerrarse dentro de un uniforme.*)

Gustavo (*Un hombre con todos los defectos y algunas de las virtudes que sueñan las mujeres en un hombre.*)

(*La acción transcurre en la Habana. Época actual. Los tres actos se desarrollan en el living room de CRISTINA y GUSTAVO. Ambiente moderno. Pese a la armonía del conjunto, se advierte cierta frialdad en la habitación. A la izquierda del actor una puerta que se supone dé al hall de entrada. En el foro izquierda arco que da al interior de la casa donde arranca una escalera para las habitaciones altas. En la pared derecha puerta encristalada sobre el jardín.*)

PRIMER ACTO: FEBRERO 1943

(*Al descorsarse el telón aparece el living vacío. LILIAM en la parte exterior del jardín teje una prenda de vivo color, transcurren unos instantes y se oye la voz de ELENA desde la entrada.*)

ELENA (*Desde dentro.*).—¡Cristy...! ¿Dónde están? (*Entrando.*) ¿Eh? ¿No hay nadie aquí? (*Este personaje hablará siempre con especial ligereza.*)

LILIAM (*Entrando.*).—¡Ya llegó el alboroto! Sí, Elena, estoy yo.

ELENA.—¿Y Cristy no está en casa? ¡Esas endiabladas guaguas no se pueden tolerar y los tranvías son unas reverendas latas! ¡Uf que calor! ¿Por qué nos empeñaremos en vestirnos en Cuba de acuerdo con el calendario en vez de consultar el termómetro?

LILIAM.—Para no morirnos de aburrimiento ¡¡ ¿Te imaginas la monotonía de la moda veraniega durante doce meses?!!

ELENA.—Tienes razón, además el invierno establece categorías. ¡No todas las pieles son iguales...!

LILIAM.—Desde luego, ni las que nos ponemos encima, ni las que usamos permanentemente.

ELENA.—Y bien que sí ¡Las hay mas duras!... ¡Estoy muerta de sed y de hambre!

LILIAM.—¿A estas horas? ¡Criatura, tú eres un saco sin fondo!

ELENA.—No. No, tampoco así. Apenas pude almorzar. ¡Me siento tan llena a la hora de las comidas! No se me apetecen más que boberías entre hora.

LILIAM (*Que ha seguido tejiendo, la mira cómicamente aterrada.*).—¡Elena! ¿Volviste por la jugada?... El hecho de que haya guerra no es motivo para que tú te dediques a repoblar el mundo.

ELENA.—Ya sé, ya sé que me esperan seis meses de broma. Pero toda la humanidad no es tan perfecta como tú, hija mía. (*En tono doctoral.*) Número exacto de niños, distancia perfecta de edades, distribución geométrica de habitaciones, sistema rotativo de mane-

jadora, de institutriz.

LILIAM.—¡Qué exagerada eres!

ELENA.—¡Pero si estoy segura que casarás a tu niña, a la edad debida con el yerno perfecto, y que tu hijo se graduará en el momento exacto, con la máxima calificación! ¡¡ Lo que es tu marido y tú, son un par capaz de corregirle la hora al observatorio nacional!!

LILIAM.—¡Tiene que haber de todo en el mundo! Pero eso no quiere decir que el desorden sea mejor. Cuatro muchachos tan seguidos, son cuatro problemas a resolver, cuatro personalidades que cultivar...

ELENA (*Interrumpiendo*).—Nada de eso, los problemas se resuelven solos y las personalidades serán como Dios quiera ¿O es que crees que la personalidad se cultiva a gusto de los demás?

LILIAM.—A mi juicio sí. Mira, acabo de obtener una rosa única, injerto de aquellas rojas y blancas que traje del Norte. Con vitaminas adecuadas, abono único balanceado y trasplante a tiempo, conseguí una especie nueva maravillosa. ¿Crees que los niños no merecen —por lo menos— la misma atención que las rosas?

ELENA.—¡Ah! Pero es que mi jardín está divino, y lo cuida el jardinero de siempre, un gallego viejo que ignora lo que son vitaminas —por la sencilla razón de que no sabe leer— y que no conoce más abono que el primitivo y natural que le proporcionan los animales de la finca.

LILIAM.—¡Eres completamente imposible Elena! No hay modo de tomarte en serio nunca, así que sigamos de broma. ¿Con que un nuevo bebito en camino eh?

ELENA.—O bebida, vete tú a saber, pero en fin, eso no me preocupa porque como tengo una canastilla rosada y otra azul... Lo que... ¡Welcome! ¿Y Cristina no está?...

LILIAM.—No, dejó dicho que probablemente se demoraría en las tiendas.

ELENA.—Pues entretanto voy a organizar un saqueo a fondo en el pantry (*Sale hacia el interior de la casa.*)

LILIAM.—¡No desbarates las fuentes de bocaditos! ¡Prueba una clase solamente!

ELENA (*Desde adentro*).—¡No sé cuál escoger! ¡Lucen divinos todos!

LILIAM.—¡Cristy no te perdonará si estropeas sus obras maestras!

ELENA (*Desde adentro*).—¡Bah! ¿Quién viene a la reunión esta tarde?

LILIAM.—Alicia, Roberto mi marido, con un oficial de la base, Cristina, tú y yo. ¿Te parece poco?

ELENA (*En el descanso con un bocadito en cada mano*).—¡Me siento mejor!... Pues sí, me parece muy poco. No sé porqué vamos a seguir nosotras tres, porque Alicia no da un golpe, trabajando como salvajes en todos los comités de fiesta, para que luego se luzcan las presidentas, vicepresidentas y vocales de honor que no disparan un chicharo ni de casualidad. Estoy empezando a cansarme, y el día menos pensado

desaparezco.

LILIAM.—Antes que tú, debía protestar yo que empecé primero, y por ahora no tengo esa intención, así que cálmate.

ELENA (*Sigue comiendo*).—Hasta un día... Si no es este año, otro será, siempre tendré la magnífica disculpa de un nuevo bebito.

LILIAM.—¡Ah! Pero ¿es que piensas continuar la serie así... indefinidamente?

ELENA.—Pero vieja si es que cada vez que mi marido me respira al lado... ¡ya!

LILIAM.—¡Elena!

ELENA (*Desde la ventana*).—Ahí está Cristina en la máquina, viene cargada de paquetes. ¡Todavía tiene humor para fiestas de caridad, cocteles...!

LILIAM.—¿Y qué otra cosa le queda en la vida?

ELENA.—Sí... verdaderamente... Y pensar que cuando se casó la envidiamos todas un poquito.

LILIAM.—Entonces, había motivo...

ELENA.—¡Cuidado, que ya entra!

(*Por la puerta de la calle entra CRISTINA cargada con un montón de paquetes de diversos tamaños.*)

CRISTINA.—¡No me digan que hace rato que llegaron!

ELENA.—Bueno, si no quieres, no te lo diremos, pero la verdad es que hace siglos.

LILIAM (*En tono de reconvención*).—Minutos, minutos nada más, Cristina.

CRISTINA.—Perdónenme, pero se me fue el tiempo. ¿A qué hora dijeron que estarían aquí?

LILIAM (*Mirando el reloj*).—Si no se les va el tiempo, dentro de un cuarto de hora, poco más o menos.

CRISTINA.—¡Dios Santo! ¡Y yo con esta facha! ¡Voy a cambiarme! Si llegan, háganles los honores. ¡Ya saben el coctel suavecito!

(*Mutis de CRISTINA por la puerta del fondo.*)

ELENA.—¡Suavecito! ¡Qué suavecito ni qué ocho cuartos! ¡Que cada cual se sirva lo que quiera! ¿No te parece?

LILIAM (*Se encoge de hombros sin contestar*.)

ELENA.—¡Iremos el domingo a las carreras!

LILIAM (*No contesta, sigue tejiendo*.)

ELENA.—¡Ave María! ¡Qué animada está la conversación! (*Se detiene junto al secreter, hojea un album. Ligera pausa. Se ríe.*)

LILIAM.—¿De qué te ríes?

ELENA.—De ti.

LILIAM.—¿De mí? ¿Por qué?

ELENA.—Porque hay algo aquí que te hizo hablar sin duda, y lo peor del caso es que tu marido no se llama Billy, que yo sepa.

LILIAM.—¿Billy?... (*Se vuelve y ve el álbum que hojea ELENA.*) ¡Ah, Ya! ¡Juventud, divino tesoro...! Tráelo para acá, hace tiempo que no lo veo.

ELENA (Acercándose.).—¿No le molestará a Cristy que lo curioseemos?

LILIAM.—¡No hija, no! Todo lo que guarda ahí pertenece a una época que ya no tiene importancia alguna en la vida de Cristina. ¡Mira! (Mientras hojean el álbum juntas.) ¡Qué facha teníamos en el colegio! (Pausa.) ¡Billy! ¡Pobrecito! ¿Se le habrán quitado las pecas? (Pausa.) ¡Rayos! ¡A pesar de los sweaters, qué frío pasamos aquel día en el lago!

ELENA (Silbando.).—¡Qué clase de suetercitos! ¡Y eso que entonces se ponían nada más que para abrigar...!

LILIAM.—¡Elena! ¡Qué indecente eres!

ELENA.—¿Indecente yo? ¡No! ¡Ustedes!

LILIAM (Pasando las hojas.).—Entonces no se pensaba en eso.

ELENA.—¡No pensabas tú! (Pausa.) ¡Hey! ¿Quién es este sol?

LILIAM.—Qué mono ¿verdad? Richard Power, un muchacho puertorriqueño, encantador (Pasa la página.)

ELENA.—Por lo que veo, pertenecía a Cristina.

LILIAM.—Bueno, en cierto modo... Fue su primer amor... Mira esta foto. ¡Baile de graduación! ¡Traje de tul, claro de luna, canciones sentimentales...!

ELENA.—No falta detalle... ¿Y ese valentine tan cursilote con versos originales y todo? (Recitando cómicamente.) ¡Hoy como ayer, mañana como hoy y siempre igual. Un cielo azul, un horizonte eterno y andar, andar...! ¡Qué gracioso! ¡Y no está mal para un puertorriqueño!

LILIAM.—¡Qué bárbara eres Elena! Da la casualidad, que los versitos son de Bécquer!

ELENA.—¡Ah! ¡No en balde me sonaban familiares! Bueno, y... ¿qué hacía Bécquer en New York?

LILIAM.—¡Niña por Dios! ¡Así estás tú en literatura! ¡Eres incorregible!

ELENA.—¡Pero me divierto más!... (Mirando otras fotos.) ¡Ah! ¡El traje de baño es otro poema! ¡Oye! ¡Y cómo progresaba el embullo! ¡El nombre se acorta! Richard, Dick, Dicky, D... ¡Qué rápido subieron las acciones! ¡De una página a otra se convirtió en inicial! ¡El Napoleón!

LILIAM.—Ya sabes con qué vapor se toman esas cosas a los dieciséis años.

ELENA.—¡A buena parte vas con el cuento! Si yo conocí a mi marido a los quince y todavía me dura la fiebre... pero la verdad, no creí que Cristina había pasado por ese sarampión.

LILIAM.—Fue algo más que sarampión. Todos los del grupo creímos que el asunto iba a continuar. Pero las circunstancias a veces pueden más que el fuego del primer amor.

ELENA.—Eso sí... bien sabe si a mí me hubieran mandado al extranjero, a lo mejor no estaría ahora con tanto antojo.

LILIAM.—Aquí o allá, tu caso no tiene remedio. En cambio, para Cristina, todo fue distinto. Dick tuvo que irse

a la Universidad, ella volvió para La Habana, y ya ves, la historia concluye en esta página del álbum.

ELENA.—Mejor. Una ilusión así, es más poética si acaba en un álbum de fotos, en vez de morir prosaicamente en el acta matrimonial.

LILIAM.—¡Cualquiera diría que tú no eres feliz!

ELENA.—¡Yo sí! Pero soy la excepción, no hago más que confirmar la consabida regla...

LILIAM.—¡Quizá!...

ELENA (Pausa breve.).—Y ¿No volvieron a saber de Él?

LILIAM.—¿De él?

ELENA.—Sí, de Dick.

LILIAM.—Ah, como le llamaste "Él"

ELENA.—Todo hombre que ocupa un puesto así en el álbum de una mujer, se llama "Él" con mayúscula...

LILIAM.—Es verdad... Pues no, nunca volvimos a verlo...

ELENA (Se levanta con el álbum entre las manos.) (Otra breve pausa.).—¿Dónde estará ahora?

LILIAM (Distraída tejiendo de nuevo.).—¿Quién?

ELENA.—¡Ave María Liliam! ¿Quién va a ser? ¡"Él"!

LILIAM.—¡Ah! No sé, quizá esté en la guerra... ¡A lo mejor se murió!

ELENA.—En ese caso, ¡Sería a lo peor! Bien dice la gente que todos los días se aprende algo. ¿Quién me iba a decir que Cristina tan tranquila y tan formalita tenía todo un pasado amoroso encerrado en una gaveta?

LILIAM.—¡Qué boba eres!

ELENA (Al dejar el álbum en la gaveta ve una foto grande.).—¡Ay! Yo no tengo esta foto de la boda! ¡Qué flacas estábamos!

LILIAM.—Y sin hacer dieta que es lo mejor del caso. La verdad, Gustavo de novio estaba muy requetebién.

ELENA.—¿Y cuándo no? Porque a mí me lo sigue pareciendo todavía.

LILIAM.—¿No me digas que también tú vas a entrar en la corte de admiradoras platónicas y fieles de ese Don Juan?

ELENA.—Entre las platónicas, hace años que estoy, y mientras la admiración es platónica suele ser fiel... Pero no te alarmes, quiero mucho a Cristina y... me quiero mucho más a mí misma!

LILIAM.—Menos mal, porque al paso que vamos, ya no queda de quien fiarse.

ELENA.—¿Lo dices por Alicia?

LILIAM (Sorprendida.).—¿Por Alicia? No te entiendo...

ELENA.—Pues todo el mundo lo está entendiendo bien claro, demasiado claro... Alicia y Gustavo...

LILIAM.—¡No! ¡Por Dios Elena! ¿Cómo puedes decir eso?

ELENA.—¡No lo digo yo!... Lo dice... la gente...

LILIAM.—¡La gente! La gente siempre metiéndose en vidas ajenas, e inventando monstruosidades.

ELENA.—Bueno, yo no lo pondría así. No es una "monstruosidad" enamorarse de un hombre casado... Llámalo, desgracia...

LILIAM.—¡Me niego a creerlo!

ELENA.—¡Te asusta la posibilidad!

LILIAM.—¡Alicia no es mala! Es nuestra amiga... es... como tú, como yo.

ELENA.—¡Naturalmente, Liliam, que es como tú y como yo... como todas las mujeres! ¡A cualquiera puede ocurrirle! Por eso, te decía que es una desgracia...

LILIAM.—Pero entonces, ¿esa criatura se ha vuelto loca! ¿Es que va a acabar esto? Porque todos sabemos que él es un perfecto Don Juan!

ELENA.—¡Y en qué forma! Anoche...

(En este momento entra ALICIA por la puerta de la izquierda, viene de la calle.)

ALICIA.—¡Hola! ¿Se puede saber el chisme?

ELENA.—Cree el ladrón... No es ningún chisme hija mía, comentarios de género inocente...

ALICIA.—Acaban de entregarme esto en la puerta ¿Y Cristina?

LILIAM.—Subió a cambiarse de ropa, bajará enseguida...

ELENA.—¿Qué es eso?

ALICIA.—Por el aspecto, flores....

ELENA.—Estoy loca de curiosidad por saber quien las manda. ¡Me tiantan un horror los paquetes!

LILIAM.—¡Déjalo ahí Elena! ¡Eres muy capaz de zafar la cinta! A ver si no perdemos más el tiempo, y lo dejamos todo planeado. De un momento a otro llegará mi marido con un oficial de la base y no tenemos idea de lo que vamos a hacer...

ALICIA.—Si ustedes lo organizan, por mí cualquier cosa, encantada. Pero bien entendido. ¡Yo no voy a dar un golpe! ¡Ni quiero puesto fijo el día de la fiesta! Utilicen mi nombre, y mi retrato, pero nada más, ¡No tengo un solo minuto libre!

ELENA.—Ya me dijeron que la masajista francesa... esa nueva madame... bueno "madame" a secas, recomendaba tres horas de masaje diarias, y tres de reposo...

ALICIA.—Madame Theobald, si es a ella a quien te refieres, es un encanto de persona, y muy inteligente. ¡En tres semanas me quitó cuatro libras!

ELENA.—¿Y cuántos pesos?

ALICIA.—Nada de eso. ¡Es baratísima! No mortifica nada, y no emplea más de quince minutos diarios...

LILIAM.—Como decías que no tienes tiempo para nada... Elena pensó...

ALICIA.—Ah... ¿pero es que Elena piensa?

ELENA.—¡Muy gracioso! ¡Ja! ¡Ja!

LILIAM.—Déjense de boberías y hablemos en serio... ¿Han pensado algo para la fiesta?

ELENA.—¿Qué tal un show, en algún teatro, con gente conocida?

ALICIA.—¡Qué! ¿Otro? ¡Si todo el mundo está hasta la punta de la cocorotina de los shows!

LILIAM.—¡No por Dios, que no se trata de una fiesta de caridad!

ELENA.—Bueno, me someto a la mayoría. ¿Entonces,

comida y baile?

ALICIA.—Ninguna comida, ¿Qué crees que vamos a alimentar a esa partida de animalotes?

ELENA.—Animalotes sí, pero están... ¡Fenómeno! ¡Ay! ¡Quien tuviera quince años!

LILIAM.—¿Raptoras de menores a estas alturas?

ELENA (*Bromeando*).—Te diré... Si es síntoma de vejez, estoy por los sesenta, porque cada día me gustan más jóvenes...

LILIAM.—¡¡¡Elena!!!

ELENA.—Vamos, vamos no te escandalices... cualquiera diría que tú no los ves igual que yo... ¡Hay cada bombón entre los oficiales, que si no fuera por esos niñitos de porra que cada vez que llego a casa dicen ¡¡¡Mami!!!

LILIAM.—¿Qué manera de hablar, Elena! Cualquiera que te oiga creará que es verdad lo que dices...

ELENA.—¿Quién me va a oír aquí, si estamos solas? Aparte de que siempre digo lo que me pasa por la cabeza y hasta ahora me ha ido muy bien. Y por suerte Elenita es lo mismo que yo. Esta mañana, estaba mamá convenciéndola para que tomase una medicina horrible (*Imitándola*). "Bueno y ahora vamos a tomar tu vinito sabroso". Saben lo que contestó? "Vinito no, abuela. Vitamina B". ¿Tú también lo vas a tomar?

LILIAM.—¿Qué mona es!

ALICIA.—¿Cuando se convencerán todas las madres del mundo, de que a nadie le interesan las gracias de sus niñitos!

ELENA (*Molesta*).—¡Pues yo no soy de las más exageradas!

ALICIA.—¡Todas lo son! Cuando se ponen a celebrarlos pierden el sentido de la medida.

LILIAM.—¡Es tan natural! ¡A mí me encantan los niños!

ALICIA (*Seca*).—A mí, no.

ELENA.—No necesitas repetirlo. Te has pasado la vida burlándote de nosotras cada vez que empezábamos a preparar pañales... ¿Y sabes lo que creo? Que no eres más feliz que las demás. Si tuvieras un hijo, pensarías menos en ti misma. Te estás volviendo dura y áspera Alicia.

(Pausa tensa. ALICIA va a contestar violenta. Se contiene y vencida.)

ALICIA (*Exaltándose a medida que habla*).—Tienes toda la razón. Nunca lo hubiera confesado antes, pero ya llegué a un punto que no me importa que lo sepan. ¡No soy feliz, no! Y le envidio los niños a Elena y te envidio la tranquilidad a ti y le envidio... (*Cortando en seco*). (Pausa ligera y embarazosa.) ¿Saben si llegó Gustavo de la Colonia?

LILIAM.—No sé, lo que sí puedo decirte que anoche aún no había vuelto. Cristina fue con nosotros al cine.

ELENA.—¿Cómo? ¿Cómo? ¿Qué Gustavo estaba anoche

fuera de La Habana? Entonces yo veo visiones. Si precisamente lo que iba a decirte cuando Alicia entra es que...

ALICIA (*Impaciente.*).—Es ¿qué? Vamos, acaba...

ELENA.—Calma, calma. Ya comprenderás que no voy a cometer la imprudencia de hablar a gritos aquí de semejante cosa. Figúrense que ayer, después del bridge, decidimos dar una vuelta por el Casino. Era muy temprano y no había un alma conocida. Yo tenía una sed desesperada...

LILIAM.—Como siempre...

ELENA.—Si es chiste, es malo...

ALICIA (*En tensión.*).—¿No puedes concentrar un minuto Elena?

ELENA.—¡No te apures, hijita, que el cuento no tiene gracia ninguna! Como les iba diciendo, fuimos a la cantina y ¡paf! Con lo primero que me enfrento, Gustavo y esa "señora". ¡Bueno la llamo "señora" por decir algo! Esa rubia extranjera que de donde vino, pero cuya dirección figura en las de todos nuestros maridos.

LILIAM.—¡Elena por Dios!

ELENA.—¡Bueno! En ese "nuestros" no está incluido el tuyo, ya nos que es un ángel. Pero ¡ay de él el día que descubra algo!

ALICIA (*Fingiéndose indiferencia.*).—¿Estaban solos?

ELENA.—Solos y en la luna. ¡Gustavo ni nos vio, no tenía ojos nada más que para ella! ¡En un plan! Antes de acabar nosotros el primer highball, se escabulleron por la puertecita lateral, como un par de tórtolos.

(ALICIA sigue escuchando sin decir palabra. Se separa del grupo, tenso el gesto de despecho.)

LILIAM.—Elena, yo sé que tú no vas a decírselo, pero no repitas esto. Ya sabes que nunca faltan almas "bien intencionadas" que pueden llevarle el chisme a Cristina...

ELENA.—¡La advertencia sobra! Pero, ¡es que me da rabia verla tan buena, tan mentecata! ¡Aguantádoselo todo a ese sinvergüenza!

LILIAM.—Pero es que Gustavo la quiere de verdad... se lo demuestra siempre que está con ella. Ese es el único defecto que tiene, son esas cosas de los hombres que nosotras nunca comprendemos.

ELENA.—Pues yo no se lo podría aguantar. ¡Si por lo menos fuera discreto! Yo en su lugar me divorciaba.

ALICIA.—¿Qué iba a sacar con eso? Por lo menos ahora cuando se canse de las otras, vuelve a ella. ¡Se refugia en ella! ¡Puede llamarlo suyo, frente al mundo!

LILIAM (*Sorprendida y escandalizada.*).—¡Alicia!

(En este momento aparece CRISTINA por la puerta del fondo dando los últimos toques al peinado.)

CRISTINA.—¡Menos mal que los oficiales se aplazaron y no son puntuales! ¡Haraganas! ¡No han preparado

nada!

LILIAM.—No, nos pusimos a conversar y...

CRISTY.—En eso pierden ustedes el tiempo...

ELENA.—Cristy, llegó un paquete para ti...

CRISTY.—¿Cuándo?

ALICIA.—Me lo entregaron en la puerta.

LILIAM.—Si quieres complacer a Elena, ábrelo. Tiene una curiosidad loca y... no sea que se le malogre el antojo.

CRISTY (*Riendo.*).—¿Antojitos otra vez? ¡Elena hasta cuando! (*Abre el paquete.*)

ELENA.—De sobra sabes que no es antojo... Toda la vida he sido curiosa y seguiré siéndolo hasta que me muera. No sé por qué el afán de saber ha de ser virtud sobre un microscopio, y pecado, frente a un paquete, ¡Como si los pobres microbios no tuvieran derecho a su vida privada! (*Acercándose a CRISTY.*) ¡Un pulso de flores! ¡Qué bonito! ¿Quién te lo manda?

CRISTY.—¿Quién ha de ser?... Gustavo... (*Con aire de vaga justificación.*) Llegó esta mañana y siempre que se va, o que vuelve me envía flores...

ELENA.—¿Qué rayos harán algunas mujeres para que los maridos les sigan mandando flores?

CRISTY.—No es lo que hacemos nosotras, sino lo que hacen ellos.

LILIAM.—Roberto me las envía siempre en nuestros aniversarios.

ELENA.—¡Tenía que ser! ¡A fecha fija!

(ALICIA se acerca mientras habla ELENA y le coge las flores. Esta las mira jugueteando con ellas. Entretanto CRISTY se acerca al bar.)

ALICIA.—¿Vas a ponerte las flores?

CRISTY.—¡Sí, trae!

ALICIA.—Están muy bonitas y... la idea muy... sentimental...

CRISTY.—¿Te parece? (*Poniéndose las flores.*) Elena, quieres traermelo el hielo? (*Ante el gesto de ELENA.*) No te asustes, ya mandé a sacar las bandejas. (*Sale ELENA para el fondo.*) Ahí tienen un problema a resolver en la post-guerra, sacar los cubitos sin romperse las uñas.

ALICIA.—¿Tanto te preocupa la belleza de tus manos?

CRISTY.—No excesivamente, pero es quizá de lo único que me guillo.

ALICIA (*Con intención.*).—A Gustavo le gustan las manos bonitas ¿no?

CRISTY (*Hablando consigo misma.*).—Sí, supongo que sí, antes le gustaban. (*Cambiando de tono.*) ¿Se pusieron de acuerdo sobre la fiesta?

LILIAM.—Sí, pensamos que un baile sería lo mejor.

CRISTY.—Muy bien. El baile es una magnífica disculpa para gastar zapatos y ahorrar conversación.

ELENA (*Entrando a tiempo para oír la frase de CRISTY.*).—Nadie diría que la máxima "ballerina" del grupo era capaz de expresarse tan despectivamente

sobre su devoción.

CRISTY.—Me refería al baile, como “aburrimiento social”.

El ballet como arte, pertenece a otro mundo, ¡aunque ya no pueda disfrutarlo más que clavada en la luneta!

LILIAM.—Todo pasa Cristy, hasta la edad de hacer piruetas.

(Fuera suena el timbre.)

ELENA (Excitada).—Ya están ahí... (Corre a derecha e izquierda recogiendo papeles y paquetes.)

LILIAM (Detrás ayudándola).—¡No corras criatura, que te puede hacer daño!

ALICIA (Encendiendo un cigarrillo).—¡Con lo agradable que es el desorden aparente!

CRISTINA (Que ha cerrado la coctelera, sale de detrás del bar).—¡Formalidad por Dios! ¿Qué van a creer esos señores?

ELENA (Sentándose repentinamente, con aire formal).—Pongan cara de comité.

CRISTINA (Riendo).—¡Bobal!

(Por la puerta de la izquierda entra ROBERTO seguido de RICHARD. Este último de uniforme.)

ROBERTO.—¿Todas reunidas? Ahora, déjenme que les presente...

(RICHARD avanza hacia CRISTY con gesto de incredulidad y asombro.)

RICHARD (Recordando).—Hoy como ayer, mañana como hoy y siempre igual...

CRISTY (Avanzando gozosa y sorprendida).—... Un cielo azul, un horizonte eterno y andar andar... (Se estrechan las manos terminando la frase a la vez.)

CRISTY.—¿Tú!

RICHARD.—¡Tú!

LILIAM (Sin salir de su asombro hacia ELENA.)

¡¡Dick!!

ELENA.—¡¡¡D!!!

(ALICIA y ROBERTO se miran con gesto de incompreensión.)

TELON RÁPIDO.

SEGUNDO ACTO

PRIMER CUADRO (un mes más tarde, marzo)

(Mismo decorado que en el anterior. Es de noche. Luces a toda intensidad. Visten de etiqueta.)

ELENA.—¡No, no me traigas más café Gustavo! Ya hice una tontería tomando éste.

GUSTAVO (Desde dentro).—¡Tú te lo pierdes!

LILIAM.—¡La verdad es que está delicioso! En casa, no acabo de conseguir un punto exacto para el café.

ELENA.—¡Gracias a Dios que te falla algo!

LILIAM.—Ahora tengo pedida al Norte, una nueva cafetera eléctrica, y supongo que usando siempre las medidas exactas...

ELENA.—¡Ah! ¡Ah! No es ese el truco. En casa, la manejadora no utiliza más que un jarrito viejo de aluminio y no falla nunca.

CRISTY.—Pero es que tu manejadora cocina?

ELENA.—¡Claro! ¡Como a la cocinera le gustan tanto los niños!

ROBERTO.—¡Esa pedagogía Elena! ¡Eres única para enredar las cosas que ya tienen una norma científicamente trazada!

DICK.—No conozco los secretos de cocina de Cristy, pero me estoy acostumbrando de tal modo a este café cubano, que me va a ser difícil consolarme con el sustituto que sirven en la marina.

CRISTY (Con inquietud).—¿¡No irán a trasladarte ahora!? ¿Es que te han dicho algo?

DICK.—No. nada aún. Pero, no me hago demasiadas ilusiones sobre la permanencia en este paraíso. Sol... tranquilidad... excelentes amigos... y aromático café... ¿Qué más puede desear un hombre?

ALICIA.—Olvidas algo muy importante. El amor.

DICK.—No fue precisamente olvido. ¿O es que te parece que no hay en Cuba motivos suficientes como para enamorarse?... Sin salir de este salón: La dulce serenidad de Liliam... la inquietud alegre de Elena... tu exquisita elegancia... la perfección de Cristy...

ALICIA.—¡Convencida!... Variedad no falta. Lo difícil es decidirse por una... Mira ahí viene un especialista en la materia. Pregúntale.

(En ese preciso instante aparece GUSTAVO en la puerta del fondo. Trae una tacita de café en mano.)

GUSTAVO.—¿De qué se trata?

ALICIA.—De amor... de constancia... Dick opina que aquí existe todo lo necesario para la felicidad total del hombre... Yo tengo mis dudas sobre la estabilidad de las ideas masculinas. Y como llegaste tan a tiempo...

GUSTAVO.—Me halagas, pero exageras al considerarme “Especialista en la materia”. Encuentro muy lógico que Dick esté momentáneamente deslumbrado con nuestra tierra... con nuestras costumbres... con nuestras mujeres... No, no hagan ese gesto, que todas ustedes lo estaban esperando! Pero en la variedad está el gusto, y es difícil asegurar, esto es lo que yo desearía para siempre. Personalmente, no siento el mas mínimo rubor en confesar que me gusta cambiar de sazón... mudar de ambiente... de amistades... de... en fin que a

todo se acostumbra uno, y por lo tanto, casi todo aburre al fin y al cabo...

CRISTY.—Así dicen...

ROBERTO.—Pero los que lo afirman, Cristina, ignoran por completo la serena felicidad de la vida diaria. El encanto de descubrir cada día un interés en lo que nos rodea: en el hogar... en la callada laboriosidad de nuestra mujer... en las amarillentas páginas de un libro...

GUSTAVO.—Presiento que debo darme por aludido, pero querido Roberto me considero totalmente incapaz de meterme en tales honduras y conservar a la vez la simpatía que te distingue pese a tus libracos. Y ante el temor de convertirme en un señor muy serio, pero muy pesado, renuncio a poner en práctica tus teorías. Porque no es ningún secreto, que en este bendito país se puede ser todo, menos pesado. ¿Nadie más quiere repetir?

ALICIA.—Yo no he tomado aún.

GUSTAVO.—Perdón, no me había dado cuenta (*Se acerca y le da la taza.*)

LILIAM.—Bueno ¿no creen que es hora de ir saliendo? El comité organizador debe dar ejemplo.

CRISTY.—No te preocupes que siempre llegaremos demasiado temprano. Todo el mundo traduce el P.M. de las invitaciones por.— ¡Poco más o menos a la hora tal!

ALICIA.—Además aún no vino mi marido, y él siempre llega a tiempo.

ELENA.—¡Qué suerte, hija, el mío, siempre tarde!

GUSTAVO.—Nadie lo diría, Elena.

ELENA.—Bueno, ya ustedes me entienden. Y déjate de chistes malos Gustavo. ¡No sé cómo no te aburres de que nadie te los ría!

GUSTAVO.—Los mejores chistes, son los que hacen efecto al día siguiente. Acuérdate de aquel alemán...

ELENA.—¡¡¡No!!! Si lo repites grito. (*Corriendo entre butaca y sofá hacia galería con ademán de taparle la boca.*)

CRISTY.—¡Mira a ver si te enredas con esa saya! Cuidate un poquito Elena, ¿quieres?

ALICIA.—¡No necesita cuidarse! Todas ustedes la miman y la tratan como si fuera de cristal. La primera vez pasa, pero sinceramente me parece tonto, cuando ya Elena nos ha probado, repetidamente, que llega al final de la jornada corriendo y saltando como si tal cosa.

ROBERTO.—Parece mentira Alicia —tú tan femenina— que no comprendas como gozan las mujeres rodeando de cuidados a toda futura madre. ¿No ves que en estos momentos ya todas piensan tanto en el niño como en la amiga? ¡Y a todas las mujeres —por supuesto— les gustan los niños!

ALICIA.—¿Está esa afirmación tan rotunda en tus libros? Porque si es así, voy a empezar a perder la fe en ti y en ellos.

ROBERTO.—Te dejaré en la duda a condición de que me permitas también dudar de la sinceridad de ese tono.

No pareces la misma.

CRISTY.—Todos cambiamos Roberto, ya oíste antes a mi marido. Son muy pocos los privilegiados que, como Liliam y tú, permanecen siempre igual... Y no me desilusiones confesándome que la diferencia consiste en que ustedes son mejores actores... (*Bromeando.*) Hoy después de una comida tan agradable y en espera de un baile extraordinario, no me siento con fuerzas por soportar desencantos.

DICK.—Dudo mucho que haya nacido alguien capaz de proporcionártelos.

ELENA (*Con aire de cómica admiración.*).—¡Qué maravilla! ¡Pasen señores! ¡Contemplan al bicho raro —hombre soltero por supuesto— que es capaz de piropear sin ser cursi!

DICK (*Siguiendo la broma.*).—Elena, me abochornas, sobre todo porque en este momento no se me ocurre nada, absolutamente nada para ti.

ELENA.—Pues te salvaste, porque con un piropo de esos me conquistas seguro, y entonces ¿Quién iba a recoger los tickets a la puerta del baile esta noche? ¡Por algo mi marido se fue tan campante de viaje!

DICK.—Por cierto, yo reservé un puesto en la mesa de los oficiales, porque no quisiera abusar de la hospitalidad de ustedes.

CRISTY.—Pero ¿Por qué Dick? Si todos contábamos contigo...

GUSTAVO.—Déjate de tonterías hombre, tú vienes con nosotros...

ALICIA.—No sería lo mismo si se tratase de gente joven. Cuando salgas con muchachas, entonces si necesitas compañera fija. ¡Pero en un grupo de matrimonios quién se ocupa de eso!

DICK.—Yo encantado de acompañarlas. Pocas veces se encuentra un grupo tan agradable. No pueden imaginarse lo que representa este mes pasado entre ustedes... El encuentro inesperado con Liliam y Cristina... Pero ya temo estorbar... Cuando uno está meses y meses solo en esa amarga soledad de un regimiento... sin querer, se olvidan las medidas sociales, las costumbres de la paz... y como yo no conozco a fondo las de ustedes, no quisiera pecar de incorrecto.

LILIAM.—Será bastante difícil que lo parezcas nunca. Aparte de que eso de las costumbres es tan elástico y tan mudable que aunque te sorprenda yo no me guío mucho por ellas. Es más, estoy dispuesta a rectificar algunas...

GUSTAVO.—¿Reformadora también Liliam?

LILIAM.—Llámalo como quieras. Pero precisamente estoy dispuesta a intentarlo. Si crees que cuando mi hija tenga quince años y si continúa esa estúpida costumbre de los compañeros fijos, ella va a seguirla, estás completamente equivocado.

GUSTAVO.—Con lo cual condenarás a la pobre chiquita al aburrimiento más absoluto.

LILIAM.—Nada de eso. Como se aburren solemnemente

es ahora. ¿Tú sabes lo que es aguantar a un muchacho que se jala... o que baile mal?

ALICIA.—Y tú crees que así, porque sí, tú solita vas a cambiar a toda la pepillería en beneficio de tu hija?

LILIAM.—¡Pero si es que ellos están locos por cambiar! Te aseguro que si alguien "conocido" da una fiesta prohibiendo compañeros hijos, consigue el mayor éxito de la temporada.

ELENA.—Si lo hace alguien, "muy alguien" de sociedad, no lo dudo.

CRISTY.—Liliam puede hacerlo, no le falta nombre y le sobra inteligencia.

ELENA.—¡No te tupas Cristy, por Dios! Para todas estas cosas la inteligencia sobra... basta el nombre... Si no lo tienes ya, puedes ser más sabio que Salomón, que te pones el cartelito de picúo y te salaste.

ROBERTO.—¿Y a ustedes no les da pena discutir todas esas pequeñas frivolidades, delante de un extranjero? Espero que Dick no forme un concepto demasiado duro sobre nuestra sociedad.

DICK.—¡Oh no! ¡Al contrario, me distrae! ¿Crees que en Puerto Rico no tenemos nuestros defectos? Además todas las sociedades del mundo se parecen bastante, snobismo más o snobismo menos.

CRISTY.—Aparte de que el tema no es tan frívolo como parece. Es muy cierto lo que dice Liliam, nuestra juventud, no sabe divertirse ni conversar. Se enganchan con "uno", salen seguido con él, y naturalmente acaban casándose de puro aburrimiento.

ELENA.—Y como después de casados empiezan a conocer otros hombres, y otras mujeres, ahí se forman los problemas.

GUSTAVO.—Paso por la reforma pro-juventud, ¡pero que no se le ocurra a nadie enmendar nuestro código!

LILIAM.—Pues mira, que si la juventud anda equivocada, no estoy más segura de que nosotros andamos mejor. Pero en fin, si al menos logramos llevar a nuestros hijos por otro camino, serán más perfectos cuando lleguen a nuestros años...

ALICIA.—Y lo que es más importante, serán más felices. ¡Ustedes, ustedes que tienen hijas deben preocuparse muy en serio del futuro! A mí me interesa sólo el presente, y dentro de él, "Yo", con mayúscula... Y por favor no me llamen egoísta que no pienso reformarme...

ROBERTO.—No te angusties, en el fondo todos tenemos ese pecadillo por mucho que tratemos de disimularlo y en cambio el valor de confesarlo no lo tenemos todos. El egoísmo puede ser gran defecto o excelente virtud, según se aplique...

DICK.—Pues si Roberto admite que el egoísmo puede llegar a virtud, se acabaron mis escrúpulos y me quedo con ustedes hasta que me boten... O me destinen a una de esas "agradables" islas del Pacífico.

CRISTY (*Sorprendida*).—¡Creí que después de una campaña en Europa no te enviarían al frente de nuevo!

DICK.—Después de la primera campaña, es cuando precisamente se empieza a servir para algo.

GUSTAVO.—¡Este sentido estratégico de las mujeres es maravilloso! A todas les parece muy bien la guerra como desfile militar, pero en cuanto toca a la gente conocida es otro asunto.

CRISTY.—Dick es un amigo, Gustavo, es muy natural que me inquiete la idea de su traslado.

GUSTAVO.—Por supuesto a todos nos interesa...

(*Suena el teléfono.*)

CRISTY (*Al aparato*).—¿Qué hay?... Sí... ¿dónde?... Espera (*Volviéndose*.) Alicia es tu marido, se le ponchó la máquina...

ALICIA.—Yo le hablo (*Al aparato*.) Sí... sí... ¿Qué si puede recogerte Dick?... ¿En el cruce?... O.K. Espérate (*Volviéndose*.) Dick. ¿Serías tan buena persona como para recoger a mi marido? Está en el cruce a dos cuadras de casa... Luego vienen a buscarme a mí. ¿Te parece bien?

DICK.—A tus órdenes. Dentro de unos minutos tocaré el fotuto a la puerta. Hasta ahora.

(*Mutis de DICK. ELENA y ROBERTO se levantan.*)

ALICIA (*Al teléfono*).—Ya sale para allá... (*Cuelga.*)

ELENA.—Iniciado el desfile... Vamos que los tickets me esperan.

LILIAM.—Yo daré una vuelta por los salones para ver si todo está en orden antes de empezar. No se demoren ustedes.

ROBERTO.—¡Hasta luego!...

CRISTY.—¡Tengo un hormigueo en los pies, y una gana de bailar! Hace siglos que no me sentía tan ligera, tan embullada con una fiesta! Espero que resulte maravillosa. (*Abre el vanity y se mira.*) ¡Eh! No me puse tus flores Gustavo... que distraída estoy, espero que no se hayan marchitado sobre el tocador. ¿Quieres subir, Alicia?

ALICIA.—No, gracias.

CRISTY.—Entonces perdonenme un momento... Vuelvo enseguida...

(*Sale escaleras arriba. GUSTAVO enciende un cigarrillo. ALICIA se lo quita y enciende con este el suyo, dándoselo a GUSTAVO. Este con gesto de fastidio apaga el cigarrillo en un cenicero.*)

ALICIA (*Sarcástica*).—¿Cambiate también de marca, Gustavo?

GUSTAVO.—No sé por qué dices eso.

ALICIA.—Lo sabes muy bien, ojalá yo no estuviese tan segura.

GUSTAVO.—No te sienta ese tono, Alicia. Lo vulgar no va contigo.

ALICIA.—De cuando en cuando, todos decimos vulgaridades, cometemos desatenciones...

GUSTAVO.—¿No me perdonas el olvido del café?

ALICIA.—¿Olvido? No fue demasiado marcado para considerarlo olvido?

GUSTAVO.—Das demasiada importancia a cualquier bobería...

ALICIA.—Tu indiferencia toda la noche ¿carece de importancia también? Me ignoraste completamente en la comida y no estás más afectuoso ahora que tenemos unos instantes solos. ¿Qué pasa Gustavo? ¿Ya no te interesa? (*Acercándose.*)

GUSTAVO.—¿Estás loca Alicia! ¿Aquí?

ALICIA.—¿Te has vuelto escrupuloso, o indiferente?

GUSTAVO.—Detesto las escenas y en esta casa no tienes derecho a provocarlas.

ALICIA (*Herida.*).—Hay frases que lastiman Gustavo. No necesitabas recordarme mi situación.

GUSTAVO.—De lo que estoy tratando es precisamente de que la olvides... Que no sigas empeñada en mantenerla.

ALICIA.—Eso quiere decir que estaba en lo cierto.

GUSTAVO.—Si no te explicas mejor...

ALICIA.—Traté de evitar la explicación... pero ya que te empeñas...

GUSTAVO.—No, no, por mí, déjalo, no tengo ningún interés.

ALICIA.—Desde luego, pero quizás no cuentes con el mío... Y a mí sí me interesa y mucho. ¿Quieres decirme a que se deben todas esas ausencias inesperadas, que no son mas que ridículas escapatorias, para estar con esa... "tipa" a todas horas y en todas partes...?

GUSTAVO.—No sé de lo que estás hablando.

ALICIA.—Ni más ni menos que de lo que habla toda la Habana. ¿O acaso crees que vivimos en Londres, o en París?... Es posible que engañes a Cristina con tus "negocios" en la Colonia... aunque lo dudo bastante...

GUSTAVO (*Cortándola.*).—Te agradecería que no mezclas su nombre en tus... comentarios. ¿Entiendes?

ALICIA.—¿Por qué? ¿Te molesta oír de los demás lo que tú sabes de sobra? Ciego habría de estar, para no ver que a tu mujer no le importan nada tus andanzas. ¿Crees que si te quisiera como yo, te las consentiría?

GUSTAVO.—¿Alicia, te prohíbo...!

ALICIA.—¿Qué vas a prohibirme? ¿Qué puedes prohibirme? ¿Acaso puedo yo exigirte algo?

GUSTAVO.—¿Estás perdiendo el control totalmente!

ALICIA.—¿No me importa! ¿No me importa nada ya, que lo sepa todo el mundo...! ¿Puedes contarlo si te divierte!

GUSTAVO.—No me juzgarás capaz de tal baja.

ALICIA.—Mira, Gustavo, no califiques tan duramente un pecado que todos los hombres... que tú mismo has cometido, más de una vez. Y no lo niegues porque no voy a creerle. ¿Cómo voy a creerle ni eso, ni nada, si estás mintiendo constantemente? Evitando el encon-

trarte conmigo, disculpándote con esos viajes absurdos cuando sé muy bien, que hace un mes que no te mueves de la Habana...

GUSTAVO.—Si estás tan segura, para que insistes... Es desagradable...

ALICIA.—Porque quiero oírte a ti, que me lo digas, frente a frente, que tengas el valor de confesármelo cara a cara, sin evasivas ni cobardías. ¡Creo que al menos merezco una explicación leal. No es tanto lo que pido!

GUSTAVO.—Perdona Alicia, pero creo que estás sacando las cosas de quicio. Al fin y al cabo, ninguna promesa formal nos unió, y en último término no es a ti a quien tendría que dar explicaciones.

ALICIA.—¿Así que lo admites! ¡De modo que es verdad!... ¡No puedo creerlo!! ¡Que yo tenga que pasar por esto! ¡Yo que lo sacrificué todo por ti! (*Rompe a llorar.*)

GUSTAVO (*Acercándose.*).—¿Pero estás loca? ¡Alicia, déjate de histerismos, de llantos a deshora! No es el momento...

ALICIA (*Conteniéndose.*).—¡Ya sé, estoy loca, sí! ¿Acaso le importa a alguien? ¡Soy una histérica, de acuerdo! Pero lo que no te atreves a decirme, es que ya soy un estorbo. Un estorbo, del que hay que salir a toda costa, porque te interesa un juguete nuevo... ¿Te acuerdas cuando me prometías amor, ternura, comprensión...? ¿Recuerdas cuando me decías en todos los tonos, a todas horas: "Cuando se quiere no hay vallas, ni escrúpulos, ni debes que valgan, porque el amor lo allana todo"?... El amor!!! A esto, llamas amor... ¡Qué loca! ¡Qué loca fui creyéndote y adorándote! ¡Porque te creí y te adoré como a un Dios! ¡Más que a un Dios!

GUSTAVO.—¿Alicia!... (*Compasivo.*)

ALICIA.—¿No Gustavo, compasión ahora no, ni compasión, ni desprecio, bastante dura de soportar va a ser la indiferencia... si es que puedo soportarla!

GUSTAVO.—¿Pero mujer! ¡Tienes una manera de exagerar las cosas! ¡Al fin y al cabo, no es una tragedia! ¡Los dos somos civilizados, gente moderna...!

ALICIA.—¿Eso me creía yo... moderna! Muy moderna! Pero a la hora de perder, veo que no lo soy tanto...

GUSTAVO (*Acercándose y cogiéndola por los hombros.*).—Vamos... no seas chiquilla... Si no me has perdido Alicia... ¿Acaso no podemos seguir siendo amigos?

ALICIA.—¿No, eso no! Sería imposible ahora. Dejé de ser amiga de tu mujer, para convertirme en... tu amante. No me pidas amistad de nuevo... te odio... aún te quiero demasiado...

(*En este momento GUSTAVO la estrecha contra sí en un último gesto de consuelo. CRISTINA ha comenzado a bajar la escalera a tiempo para oír la última frase. Vacila un instante en el umbral pero sigue ade-*

lante quitándose las flores que trae prendidas.)

CRISTINA (*Con sobrehumano dominio.*)—Toma Alicia, quizás estas flores tengan todavía algún valor para ti... Yo... yo no sabría que hacer con ellas.

(ALICIA coge maquinalmente las flores mientras GUSTAVO se aparta violentamente quedando de espaldas junto al secreter. Rompe una copa contra el mueble. Las dos mujeres frente a frente.)

CRISTINA (A GUSTAVO. *Con desecanto en la voz.*)—Que fácil es quebrar una copa... casi tanto como destrozar la última esperanza... (*Suena el fotuto.*) Nos están llamando. Será preferible que tu marido no entre ahora. Por primera vez no ha llegado a tiempo... ¿Vamos?

(Inicia mutis. Cortina rápida.)

SEGUNDO CUADRO (seis meses más tarde, septiembre)

(Mismo décorado anterior. Han pasado cinco meses. En escena LILIAM, ROBERTO, DICK y CRISTINA. En la terraza arrinconada una mesita de bridge. Es de noche. Traje de calle.)

LILIAM.—Mañana cuento yo esto, y no me lo cree nadie.

ROBERTO.—Te lo cree todo el mundo, si dices que Dick y yo éramos los compañeros.

CRISTINA.—Está bien... está bien... Presuman de hombres serios, por lo visto las únicas frívolas somos nosotras.

ROBERTO.—No me negarás que ustedes habían preparado la mesa de Bridge concienzudamente, libretas, lápices, cartas... no faltaban detalle.

CRISTINA.—Te equivocas, nos faltaba lo esencial, ganas de jugar, porque si no ponle el cuño que se hubieran pasado la tarde perdiendo rubbers como unos ángeles.

DICK.—Pues de ángeles que juegan, a personas que conversan, que se miran frente a frente, sin la pantalla de las cartas, no hay duda que ganamos en el cambio. ¡Cuántas veces cuando esté lejos, tan lejos que este día me parezca irreal, recordaré las frases de hoy, las confidencias de esta deliciosa tarde que rescatamos para siempre del bridge!

LILIAM.—Puedes estar seguro que ha sido en tu honor, porque últimamente desde que Gustavo se fue para la colonia, Cristina no hace más que jugar.

CRISTINA.—Te confiaré un secreto.— Es el mejor sistema para estar en silencio sin llamar la atención. Sin que la gente te haga preguntas tontas que tienes que contestar en el mismo tono. Y entre hablar por hablar, o callar por callar, prefiero lo segundo.

LILIAM.—Confieso que nunca había de defensa de refugio.

CRISTINA.—Ahí tienes, Roberto, tema nuevo para una teoría fundamental.— "El juego considerado como refugio contra las ideas".

ROBERTO.—¿Contra la escasez, o contra el exceso de ideas?

CRISTINA.—Según. Hay quien juega, porque teniendo demasiado en que pensar, trata de olvidarlo y quién lo hace a fuerza de no saber pensar. Como quiera que lo mires, es un remedio magnífico contra los pensamientos inquietantes, que en el fondo no se quieren rechazar.

ROBERTO.—Aparte de que siempre te queda el recurso de un buen libro ¿no?

CRISTINA.—Gracias Roberto, menos mal que aún me consideras capaz de disfrutarlo.

ROBERTO.—Vaya, vaya no exageres, que todas ustedes leen un horror.

CRISTINA.—Sí, un "horror"... ¡Muchos horrores! Magazines, cuentos... novelitas, todo ligero y si puede ser agradable. Con decirte que ya estoy en el plan de Elena.

ROBERTO.—¿De Elena?

CRISTINA.—En cuanto a lecturas se refiere por supuesto. Ya recordarás su frase sacramental.— A mí los libros que me hacen pensar, me matan.

DICK.—¡No puedo creerte Cristina, si siempre fuiste una lectora empedernida y exigente!

CRISTINA.—Fui... Fui... ahí está lo malo, haber sido, y un buen día dejar de ser...

DICK (*Bromeando.*)—Por lo menos, no se te ha olvidado Shakespeare... ¿Ni siquiera sonrías? (*Serio.*) No me gusta verte triste Cristina ¿Por qué dijiste eso?

CRISTINA.—No sé... supongo que será por decir... o porque he cambiado tanto que no sería extraño que la Cristina de hoy no se parezca en nada a la que tú conociste. ¿Te acuerdas?

DICK.—¿Crees que es fácil olvidar?... Pero no has cambiado en absoluto. Tu sola presencia logró el milagro de borrar en mí estos últimos años de pesadilla.

CRISTINA.—Gracias Dick... Menos mal que mi presencia sirve para algo... aparte de formar el cuarteto de bridge.

LILIAM.—¡Qué boberías se te ocurren! ¡Ese tono de neurastenia fundamental no te pega en absoluto! ¡Ni que fueses Alicia!

ROBERTO.—Hombre por cierto ¿qué saben de ella? ¿Escribe?

LILIAM.—Yo recibí una tarjeta, hace varias semanas, con la consabida vista de Chapultepec al fondo. Como tiene esa letra tan sofisticada, con una palabra "Saludos" cubrió el espacio. ¿Te escribió mas largo a ti?

CRISTINA.—No, ni tan siquiera así de corto. No creo que Alicia tenga nada nuevo que decirme.

ROBERTO.—Se fue tan rápidamente, que ni tiempo nos

dio de despedirla... Esa muchacha anda medio mal de la cabeza.

CRISTINA.—Es difícil andar bien de la cabeza, cuando se anda mal del corazón...

ROBERTO.—¿Está enferma? Sería un disparate con la altura de México...

CRISTINA.—¡No, no, por Dios! No te preocupes, no se trata de presión arterial. ¿Sabes? Cuando se habla del corazón, suele considerársele como algo más que una víscera.

ROBERTO.—En Alicia, me resisto a tenerlo en cuenta como no sea en función de aparato circulatorio.

DICK.—Es la primera vez que te oigo una crítica. ¿Tienes motivos para juzgar tan duramente a nuestra amiga?

ROBERTO (*Sonriendo.*).—No, motivos concretos no, llámalo corazonadas si te parece.

LILIAM.—¡La pobre Alicia! No sean duros con ella... Claro que un poquito frívola sí es, pero ¿Qué menos se va a esperar de una mujer bonita, y con tan pocas cosas en la cabeza?

ROBERTO.—La eterna posición femenina, se atreve un hombre a censurar en el tono más discreto posible, a otra mujer, y, no falla! Todas salen valientemente en defensa de la ausente... ahora bien con el "pero" final, acaban para siempre jamás con la amiga del alma.

CRISTINA.—Si tú supieras que no, Roberto... que, cuando más cosas se podrían decir, cuando menos motivo existe para defender y muchos en cambio para atacar es precisamente cuando las mujeres menos decimos y más nos callamos!

LILIAM.—¿Sabes que eso suena a cosa seria? Y sinceramente por ahora no pienso cederte el puesto de persona formal en el grupo. Bueno, de lo que queda del grupo, porque en estas últimas semanas se está desbaratando por momentos. Primero el viaje inesperado de Alicia, después Elena con sus jimaguas... a tu marido no se le ve el pelo... total, que cuando se nos vaya Dick, aquí quedaremos tres pies para un banco.

ROBERTO.—Pero hasta que eso suceda, componemos un excelente cuarteto que rechaza enérgicamente la mesa de bridge para matar el tiempo. ¿Nos reuniremos mañana?

DICK.—¿Mañana? Ojalá... pero a mí no me queda más que hoy.

LILIAM.—¿Cómo? ¿Te vas de Cuba?

DICK.—Sí, antes de venir esta tarde recibí un telegrama. Debo presentarme rápidamente en Washington. Traté de olvidar la orden, para no estropear la reunión. Pero... creo que llegó la hora de las despedidas.

LILIAM.—Y te vas así, sin saber por qué... sin más preparativos... Dick es terrible!

DICK.—Es... es la guerra Liliam, hoy aquí... mañana en un infierno... o quien sabe si de vuelta al paraíso para siempre... ¿Por qué vamos a pensar lo peor?

ROBERTO.—Claro está hombre, lo más probable es que dentro de unas semanas estés de nuevo entre nosotros.

DICK.—¡Si los deseos sirvieran...! En fin, no debo retraerme, me quedan apenas unas horas. No me despidan por favor. Digamos hasta la vuelta (*Estrecha la mano a LILIAM y a ROBERTO.*)... Cristy... (*Le aprieta las manos unos segundos.*)

CRISTY.—Dick...

(*Mutis rápido de DICK.*)

(*Pausa.*)

LILIAM.—Me parece un sueño, hace apenas unos meses que Dick entró así inesperadamente y ahora que ya era otra vez de los nuestros, se va, tan inesperadamente como llegó...

ROBERTO.—¡Parece que se están poniendo de moda estas desapariciones por escotillón!

LILIAM.—No, mi amor, por avión que es lo mismo, pero en sentido contrario. ¿Tú sabías algo Cristina?

CRISTINA.—Yo sí... pero me pidió que no dijese nada y ahora le agradezco que no haya prolongado la tortura de una despedida. Va a ser tan difícil acostumbrarse a su ausencia...!

ROBERTO.—Vamos, vamos, no hay que dejarse arrastrar por los pensamientos tristes. ¡Qué caramba, Dick ya salió del lío europeo, no va a tener la mala suerte de que lo envíen al Pacífico!

LILIAM.—¡Eso es, a mal tiempo buena cara! ¿Por qué no nos acompañas? Pasaremos un momento por casa de Elena. ¡Los gemelitos están divinos! Hoy cumplen un mes, luego nos vamos a comer los tres por ahí...

ROBERTO.—¡Magnífico, embúllate Cristina!

CRISTINA.—No. No voy a decirles que tengo jaqueca, ni voy a darles disculpa alguna, pero sinceramente prefiero quedarme en casa.

LILIAM.—No sé como no se te caen estas paredes encima. ¡Siempre sola! ¿Cuándo vuelve tu marido?

CRISTINA.—No sé, los negocios están cada vez más complicados... Pero no te dé pena, a lo primero que se acostumbra uno, es a estar solo, y si te digo que después de todo tiene razón el viejo refrán...

ROBERTO.—Liliam, estamos andando, no vayamos a resultar nosotros la maña compañía.

(*Inician mutis.*)

CRISTY (*Sonriendo.*).—Bien sabes que no... (*Salen los tres.*)

(*La escena queda vacía unos instantes. Vuelve CRISTINA. Apaga la luz central. Coge un libro, se sienta, hojea el libro, lo cierra impaciente. Apaga la luz y recuesta la cabeza hacia atrás cerrando los ojos. Suave claror de luces desde el jardín. Aparece por la puerta de cristales DICK. Avanza suavemente y se coloca tras ella.*)

DICK. (*Muy suave.*).—¿Me esperabas Cristy?

CRISTINA (*Sobresaltada.*).—¡Dick!

DICK.—No, no te asustes, si soy yo. ¿Dime Cristy, me esperabas?

CRISTY.—No... sí... no sé. ¿Por qué has vuelto?

DICK.—Porque sabía que iba a encontrarte así. Porque necesitaba encontrarte así, para decirte lo que hasta hoy he callado, lo que no puedo seguir callando más...

Que te quiero Cristy, ¡que te quise siempre! (*CRISTINA se incorpora y hace gesto de encender la lamparita.*) No, no enciendas, no quiero ver nada de lo que nos rodea, de lo que nos separa... sí, en sombras, estoy acostumbrado a la intimidad de tu presencia, sin luz, perdidos los contornos, es como te encuentro cada noche en mis sueños. Y ahora no quiero despertar. Quiero sólo que me contestes ¿me esperabas?

CRISTINA (*En un susurro.*).—Sí...

DICK.—¿Te das cuenta de todo lo que encierra mi pregunta? Porque si me esperabas, es que me quieres! ¿Es que has vuelto a quererme!

CRISTINA.—¡No, Dick, no, por Dios, no quiero oírte, no puedo oírte! ¿Por qué me atormentas?

DICK.—Eso es lo único que no podré hacer en mi vida. ¿Acaso te atormenta saber que te adoro, que te deseo con toda mi alma? Porque si es así, me callaré aunque tenga que morderme las palabras.

CRISTY.—¿Qué importan las palabras si cada gesto, cada mirada, cada atención banal tuya, ya me habían dicho tu amor! Lo que no se dice, Dick, es lo que mejor se entiende.

DICK.—¿Entiendes de veras mi cariño, mi devoción, por ti? ¡Yo que te creía tan profundamente enterrada en el pasado!... Entonces era un chiquillo y no supe luchar para conservarte, porque no sabía lo que perdía al dejarte ir. Esta vez no será así Cristina, mi Cristina.

CRISTY.—¡Por favor, te lo suplico, ni yo puedo escucharte, ni tú tienes derecho a hablarme en ese tono!

DICK.—¿Por qué te asustan ahora las palabras, si antes no te asustó mi silencio pleno ya de amor? Ya sé que no tengo derecho a hablar, que no tengo ese derecho que sancionan los hombres y las leyes, pero si pude rodearte de cariño silencioso durante todos estos meses, y tú me lo permitiste. ¿Por qué no decírtelo ahora, en estos últimos instantes que nos quedan?

CRISTY (*Se vuelve bruscamente, tapándole la boca.*).—¡Calla! ¡No repitas eso Dick! ¡No pueden ser los últimos, no quiero que sean los últimos!

DICK (*Separándole suavemente la mano.*).—No lo serán, te prometo que no lo serán. En cuanto pueda, volveré para reclamarte mía para siempre. Quiero que seas mi mujer. ¿Vendrás conmigo?

CRISTY.—Sí....

(*Se besan prolongadamente.*)

CRISTY (*Se separa suavemente.*).—Ahora vete Dick, por

favor. Esperaba y temía este momento. Rechazar tu cariño ha sido últimamente una tortura constante y ahora que lo siento, ahora que lo sé hondo y seguro, apenas me quedan fuerzas para luchar.

DICK.—¿Por qué hablas de luchar y de rechazarme? ¿Por qué te asusta nuestro amor? Estás sola Cristina, todos estos años que nos separan ha sido una pesadilla, un mal sueño...

CRISTINA.—No, Dick, no, no estoy libre, tú lo sabes muy bien y tampoco es cierto que mi matrimonio haya sido siempre una pesadilla. Yo quise a Gustavo, me avergonzaría de haberme casado sin amor. También él parecía quererme, hace ya tantos años que no me atrevo a asegurarlo. Pero quiero que sepas que fui feliz, una felicidad distinta de ésta que me das tú ahora...

DICK.—Cristina, no es necesario que me cuentes nada, no me importa, no quiero saber...

CRISTY.—Pero quiero decírtelo yo, para que no haya fantasmas entre nosotros. Cuando tú llegaste, mi vida no tenía fin ni sentido, y tú me traías un recuerdo tan puro, tan limpio, de un amor sin desencantos, que sin querer, sin darme yo cuenta, me entregué a una nueva esperanza... Sin pensar en más, sin querer pensar en más... Poco a poco tu presencia llenó mi alma y mis horas y no quedó en mí; espacio para otro pensamiento ni para otra persona.

DICK.—¡Cristina! (*La atrae suavemente. Al besarse se estrechan con pasión, DICK se levanta.*) ¡Cristy! ¡No puedo creerlo, te estreché entre mis brazos y aún creo soñar, pero, no es un sueño tranquilo de felicidad segura... No puedo remediarlo Cristina, pero tengo el presentimiento de que no volveré...

CRISTY.—¡No Dick, no lo repitas, volverás! ¡Que no haya ni sombras, ni lágrimas esta noche!

DICK (*La coge entre los brazos.*).—Ni sombras ni lágrimas, te lo prometo... pero concédeme lo que te voy a pedir en cambio... ¿Por qué no vienes ahora conmigo? Apenas me quedan unas horas, quiero pasarlas a tu lado Cristina, solo así creeré en la posibilidad de volver...

CRISTY (*Separándose.*).—No, mi vida no, comprendeme... yo no puedo salir ahora de esta casa. Sería indigno...

DICK.—¿Indigno cuando te espera mi amor, que es tu vida? ¿Sabiendo como te adoro? ¿No comprendes que cuando esté lejos me perseguirá el recuerdo de tu desconfianza, de tu inseguridad, de tu miedo a nuestro amor...? No me dejes solo esta noche Cristina!

CRISTY (*Seca.*).—¡pero, Dick...! (*Se vuelve de espalda.*)

DICK.—Perdona Cristina, ya veo que no me has comprendido...
(*Mutis en silencio de DICK, por el jardín.*)

CRISTY (*Se vuelve despacio. Al encontrarse sola reacciona violentamente.*).—Dick... ¿Dick?

¡¡¡Dick!!! (Sale rápida por la misma puerta.)

TERCER ACTO: OCTUBRE DEL MISMO AÑO

(Mismo decorado, el follaje del jardín indicará que ha pasado el tiempo. Es invierno. En la escena ELENA habla por teléfono. Atardece.)

ELENA.—Si hoy bajara... hace dos días que no tiene fiebre (Pausa.) ¡Por Dios Liliam, claro que te ha echado de menos, imagínate! Siendo ya la substituta... (Pausa.) Déjate de cuentos que no es lo mismo cuidar de un bebuto que de una persona (Pausa.)... No lo sabes bien y grave de verdad... (Pausa.) Pues de seguro no sabemos... ni el Doctor se lo explica a derecha, fue como un shock, una fiebre altísima y un afán de morir... (Pausa.) Sí, sí, el peligro pasó gracias a Dios... (Pausa.) Como no, se lo diré, (Entra GUSTAVO.) desempaca con calma y si acaso llámala un poco más tarde. (Cuelga.)

GUSTAVO.—¿Liliam?

ELENA.—Sí, acaba de llegar y, tan puntual como siempre, la primera llamada para saber de Cristy. ¡Está impaciente por verla!

GUSTAVO.—¿Si supiera que no he podido verla yo!

ELENA.—¡Ave María que impaciencia te entró de repente! Ya podrás, hombre, mira, hoy piensa bajar un ratico. Verás como aquí se arregla todo. ¡Es natural que no quisiera que la vieses allá en el cuarto! ¡Se sentía tan mal la pobrecita... además ustedes siempre han sido tan especiales, eso de los cuartos separados... no lo he entendido nunca, no sé, me parece un matrimonio a plazos... Por otra parte Cristina no está acostumbrada a estar enferma... No le gusta que la compadezcan demasiado.

GUSTAVO.—No Elena, no, con todo tu aire de no querer dar importancia a las cosas no me convences. Tú sabes muy bien que no es ese el motivo, hay algo más que se me escapa, que no comprendo... ¡Qué cosa más natural que yo estuviese a su lado ahora que acaso por primera vez me necesitaría!

ELENA.—¡A buena hora! ¡No, si lo que yo digo, los hombres son miopes de nacimiento! ¡De modo que por primera vez ¿no?! Vamos Gustavo, de sobra sabemos todos que Cristina te necesitó otras veces muchísimo más y entonces nunca te encontró.

GUSTAVO.—Tienes razón, Elena, a ti no voy a tratar de engañarte...

ELENA (Con leve ironía).—Menos mal. Me parece que soy la excepción que confirma la regla ¿no?

GUSTAVO (Serio).—Quizás... en cierto modo siempre te consideré algo así como una hermanita menor, algo limpio y fresco aparte del mundo...

ELENA.—Me gusta el pedestal... y a Cristy? Dime sinceramente, Gustavo, en qué altar colocabas tu a Cristy?

GUSTAVO.—Pues no sé. He sido un imbécil Elena. Acaso pensé que siempre tendría seguro el cariño de mi mujer. ¡Estaba tan acostumbrado a encontrarla siempre igual, siempre sonriente! Jamás me hizo una sola acusación, ni siquiera un reproche...

ELENA.—Posiblemente hayas llevado demasiado lejos tus... locuras...

GUSTAVO.—Quizás... y bien calificadas que están, locuras. Nada saqué de ellas a no ser esta inquietud de ahora, esta desazón. ¿De veras que tú no sabes nada? ¿No te ha dicho nada en estos últimos tiempos?... ¿Antes de la enfermedad?...

ELENA.—Ni ahora ni nunca Gustavo. Por extraño que te parezca, nuestra amistad tan honda y tan sincera tiene sus límites y sus vallas, nunca hemos traspasado el borde de la confianza íntima. Quizás por eso conservemos a través de tantos años el mismo cariño y la misma estimación.

GUSTAVO.—¡Qué curioso! Siempre creí que entre ustedes las mujeres no había secretos de ninguna índole.

ELENA.—Acaso nosotras seamos una excepción, pero entre Cristina y yo está sobreentendido que hay, si no secretos, por lo menos silencios. Nunca traté de forzar sus confidencias y en cuanto a las mías creo que todos ustedes las saben (Con ingenuo humor)... se cuentan por canastillas rosadas, azules o a pares... (Seria de nuevo.) Pero este silencio de Cristina, esta indiferencia de ahora me asustan... (Con repentina decisión.) Gustavo, voy a tratar de ayudarte...

GUSTAVO.—Gracias Elena, gracias por todo. ¡Si vieras como me pesan mis engaños, mis estúpidas aventuras!

ELENA.—¡Señor, Señor! ¿Por qué esperarán siempre los hombres el último minuto para el arrepentimiento?... En fin voy a hablar con ella... me tiene inquieta esa actitud... Mira, no te vayas lejos... da una vueltecita por ahí y vuelve dentro de un rato.

GUSTAVO.—¡Elena, siempre fuiste un ángel!

ELENA.—¡Y tú un demonio! Pero como todos los demonios fueron ángeles alguna vez... nunca es tarde para empezar de nuevo.

GUSTAVO.—Y que lo digas. Hasta ahora (Mutis de GUSTAVO.)

(ELENA se acerca a un jarrón y sigue colocando unas flores que va sacando de una caja. Faena que al parecer había interrumpido para hablar por teléfono. Pausa. Por el fondo aparece CRISTINA más frágil que nunca. Viste una larga bata de casa blanca. Se detiene en el umbral.)

CRISTINA (Como para sí misma).—Todo sigue igual...

ELENA.—¿Qué dice nuestra enferma? ¿No estás contenta de haber bajado?... (Pausa.) Te adelantaste, quería que las flores estuviesen dispuestas para darte la bienvenida. ¿Te gustan?

CRISTINA (Distraída).—Si...

ELENA.—¡Y apenas las miraste!... Te las mandó Alicia...

CRISTINA.—¡Ah!...? Cuándo llegó?

ELENA.—Hace dos semanas. No, tres, a los pocos días de enfermarte tú. Si la ves no la conoces... dejó toda su elegancia, toda su pose en México. ¡Es otra mujer!

CRISTINA.—¡Otra pobre mujer! Me parece que nunca la había comprendido ni compadecido hasta ahora.

ELENA.—¿Qué te pasa Cristy? (*Deja de arreglar las flores.*) ¿No quieres decirme lo que te ocurre?... Siempre hemos sido buenas amigas, ¿no comprendes que me preocupa ese estado de ánimo, esa amargura, esa desgana de vivir?

CRISTINA.—Desgana de vivir... o deseo de morir, es lo mismo.

ELENA.—¿Lo ves?... Cristy, si no yo, por lo menos Gustavo merece una explicación.

CRISTINA.—¿Acaso me la ha pedido? A que va a resultar ahora que Gustavo se da cuenta al fin de que existo... porque si es así, ya es un poco tarde...

ELENA.—¡Lo que yo me temía! ¿Es posible que seas capaz de querer tomar la revancha ahora que lo ves preocupado de veras por ti?... El es... él es bueno en el fondo, Cristina.

CRISTINA (*Amarga.*)—En el fondo... que sabe nadie del fondo... No Elena, no, no se trata de revanchas que serían ruinas ni de poner a prueba esa supuesta bondad que tú tan graciosamente le atribuyes. Es algo más que eso, más hondo y más grave que eso...

ELENA.—Estás empezando a alarmarme. Ese tono...

CRISTINA.—No es tono, ni pose, ni nada que se la parezca. Es que he decidido cambiar totalmente de vida. Y no creas que es un delirio consecuencia de la fiebre, la determinación estaba tomada de antemano... La enfermedad y su motivo, han precipitado las cosas, eso es todo.

ELENA (*Sorprendida.*)—¿El motivo de tu enfermedad? ¿Luego existe? ¿Conoces la causa?

CRISTINA.—Sí Elena, sí, existe, y como ya el dolor no lo puedo soportar más sola, voy a decírtelo pero te suplico que no vayas a repetirlo a nadie, ¿comprendes? ¡Ni siquiera a ti misma!

ELENA.—¡Cristina! (*Angustiada y sincera.*) Seguro que no lo repetiré. Dime...

(*Empieza a bajar suavemente la luz. En el jardín aparece GUSTAVO que va a entrar. Pero sorprendido por la conversacion se detiene. CRISTINA y ELENA de espaldas no lo ven.*)

CRISTINA.—¿Te acuerdas de Dick?

ELENA.—Sí... por cierto, creo que ahora puedo decirte... ya es tiempo de que sepas...

CRISTINA.—Lo sé todo Elena, todo! Mira...

(*Saca del bolsillo de la bata un telegrama arrugado. ELENA lo coge y lo lee.*)

ELENA.—Pero... ¿cómo?... Así que durante todo este tiempo tú sabías la noticia... y nosotros tratando de ocultártelo... (*Le devuelve el telegrama.*)

CRISTINA.—Precaución bien inútil por cierto. Lo supe el primer día, él había dado mi nombre y mi dirección, por si le ocurría algo grave...

ELENA.—¿Pero, por qué a ti? No acabo de comprenderlo...

CRISTINA.—Claro está que no, ¿por qué habías de saberlo tú, cuando por poco no llego a comprenderlo a tiempo ni yo misma? Dick me quería, Elena, y yo también lo quise, mejor dicho lo quiero.

ELENA.—¡Cristina!

CRISTINA.—No sé si los muertos siguen queriendo a los vivos, pero, si puedo jurarte, que mientras esté viva, yo querré a un muerto... Voy a divorciarme de Gustavo.

ELENA.—Estás loca! ¡A estas alturas! Perdóname, pero todo esto me deja tan sorprendida, que sinceramente, apenas puedo creerlo, ni entenderlo.

CRISTINA.—Pues es bien simple, bien humano y si me apuras un poco, bien lógico.

ELENA.—¡Quizá, quizá, pero así de pronto... ! ¡Yo... yo nunca había sospechado nada!

CRISTY.—Sospechar... es dura la palabra. No, mal podías sospecharlo ni tú ni nadie, porque todo llegó por el camino amplio y claro de la amistad, de la comprensión, de la dulzura, tú sabes tan bien como yo, casi tan bien como yo, como era mi vida. Lo sabes sin haberme oído una queja, sin que te haya hecho una confidencia sobre mis cosas, pero cuando el abandono es tan palpable y la infidelidad tan notoria, por lo que se ve de puertas afuera, se adivina sin esfuerzo lo que hay de puertas adentro.

ELENA.—Eso, si lo sabía...

CRISTINA.—Cuando llegó Dick, te juro que lo recibí con la misma naturalidad, con la misma camaradería que Liliam. Ni por un momento aceleró mi pulso el recuerdo de nuestro noviazgo de muchachos. Poco después, y aquí en mi casa mi marido me proporcionó la última y más grave de las ofensas y de las desilusiones. Podía perdonar aventurillas banales, con mujeres galantes, aquello otro, ¡no!

ELENA.—Si siguieras enamorada de Gustavo, perdonarías cualquier cosa.

CRISTINA.—Quien sabe, pero el amor no tiene asegurada la inmutabilidad y a fuerza de choques se debilita. Un día cualquiera se quiebra, y ya no tiene arreglo. Si en ese momento, tienes la suerte —yo la desgracia, ya no sé lo que es preferible— de encontrarte sola, de continuar sola, no pasa nada... a seguir arrastrando una vida vacía y sin sentido. Pero si a tu lado pasa un alma que vuelca su ternura, su atención sobre ti, admitirás que hay que ser de hierro para rechazar primero la compañía, más tarde el cariño, luego la pasión...

ELENA.—¡Ay, Cristina! ¿Por qué no confiaste en mí? Yo... yo te hubiera ayudado, te hubiera aconsejado.

CRISTINA.—¿Aconsejarme? ¿En qué y cómo? No, Elena no, para estos casos no suele haber consejos y si los hay no se escuchan. Nada se puede contra el destino, y el mío era éste, tenía que ser éste. Fui desgraciada antes, lo soy ahora, y no se va a hundir el cielo, ni desgraciadamente, me voy a morir yo. Los momentos de felicidad que Dick llevó a mi alma me sirven para soportar este desamparo de ahora...

ELENA.—Trato de ponerme en tu lugar. Sé lo que es querer pero... legalmente con un notario y un cura por medio... Como te compadezco aunque no pueda aprobar lo que me dices...

CRISTINA.—¡Oh no, si no busco tu aprobación! Sólo quiero que sepas a que obedece mi estado de ánimo, y que mi determinación no es hija de venganza, ni de orgullo ofendido, ni siquiera de resentimiento.

ELENA.—¿Y es necesario, ahora, dadas las circunstancias tomar medidas tan radicales?

CRISTINA.—Absolutamente necesario, porque la decisión no es de hoy. La tomé aquella tarde, la última vez que nos reunimos aquí para jugar bridge. Tú estabas enredada con tus jimaguas, ese día cumplían un mes de nacidos. Gustavo andaba por ahí... de viaje por el interior... Dick se despidió de nosotros y luego Roberto y Liliam fueron para tu casa. No querían dejarme sola... por fin se fueron... al poco rato volvió Dick. No quería despedirse sin confiarme su amor, sin llevarse la seguridad de mi cariño. Una sola sombra nubló aquellos primeros y últimos instantes de pasión. ¡Él tenía el presentimiento de su muerte, yo la certeza! La certeza más absoluta de que nunca podría volver a buscarlo. No quise negarle nada, no tuve valor para hacerlo. Si no le hubiera concedido las últimas horas que pasó aquí, creo que ahora me volvería loca de desesperación...

ELENA.—¡Cálmate criatura, me asustas! Gustavo puede llegar y...

CRISTINA.—¿Y qué? ¿Acaso crees que voy a vivir mintiendo? ¿Qué soy yo capaz de fingir un día y otro? No Elena no, en la primera ocasión que tenga, se lo diré todo, nos separaremos legalmente, y punto final. Divorcio más o menos, no va a conmover los cimientos de la sociedad.

ELENA.—Piénsalo bien Cristy... Yo creo que nunca he pensado mucho las cosas pero tú... tú eres diferente. No te dejes llevar por el dolor y la desesperación que nunca han sido buenos consejeros. Mira, acaba de hablarme Gustavo en un tono que yo no lo conocía... me impresionó... no sé, me parecía tan triste... tan lleno de buenos propósitos...

CRISTINA.—¡De buenos propósitos está empedrado el infierno! Hace algún tiempo, hubiera dado años de vida por saber que Gustavo había cambiado. Ahora, sencillamente, no me interesa.

ELENA.—El cariño y la comprensión no tienen tiempo ni medida, Cristy, y a la larga... No sé, no me sienta a mi

este papel de consejera. ¡Todo es tan complicado y tan difícil! Pero la verdad en estos días he visto a Gustavo tan cambiado... al verte tan grave se asustó como un muchacho... Él, tan egoísta y —¡porque eso sí lo era con ganas!— se pasó noches enteras sin dormir, fumando desesperadamente, atento a todos los detalles que le dábamos la enfermera y yo... Cuando pasó el peligro parecía otro.

CRISTY.—También yo soy otra, Elena, pero por camino contrario. No sabes lo que lamento todo eso, preferiría no saberlo y sobre todo no creerlo, pero mi decisión está tomada, y nada ni nadie va a cambiarla. Aparte de que tampoco Gustavo querrá que cambie, cuando conozca el motivo.

ELENA.—¿Y crees que vale la pena decirlo ahora? Aquello pasó Cristina, y él no volverá a reclamarte... ¿Por qué destruir la fe de Gustavo, que te cree una santa?

CRISTINA.—¡Pero si eso ha sido su error! Nunca fui una santa, era una mujer, viva, con el corazón rebosante de ansias de cariño y de ternura, pero también de pasión... y para mi marido era una santa, o una estatua, que ha de esperar en casa un día y otro, la atención rutinaria producto de la indiferencia. ¡No Elena no! ¡Tengo virtudes y defectos como los demás! ¡Soy capaz de amar y de odiar como las otras! Esto es lo que Gustavo nunca quiso averiguar, y no me iré de su lado sin decírselo. No quiero arrepentirme de mi silencio...

ELENA.—Tu sabrás pero... la vida es larga... no destruyas por destruir... crees que nadie te espera, ni tú esperas nada ya, pero, no te precipites. Lo pasado, pasado... no voy a ser yo quien te culpe, ninguna mujer conociéndote, se atrevería a hacerlo... ya es tarde Cristy... Cuando quieras, llámame por teléfono. *(Inicia mutis.)* No, no me acompañes. Quédate tranquilita ahí y piensa serenamente en lo que te dije, antes de tomar la última decisión. Mañana vendré.

CRISTINA.—Gracias Elena, gracias sobre todo, por tu tolerancia. Aunque antes lo haya negado, te confieso que me dolería hondamente tu desprecio.

(ELENA se inclina y le da un beso ligero en la frente. Mutis. CRISTY se queda sola unos instantes. En la puerta del jardín aparece GUSTAVO. Pausa. Avanza pálido de cólera.)

GUSTAVO.—¡Supongo que no te interesará saber cómo te desprecio yo, pero no me privarás del placer de decírtelo! ¡Tú entre todas las mujeres!

CRISTINA.—Por el tono, veo que me ahorraste el trabajo de una conversación desagradable. No es muy caballeroso escuchar confidencias ajenas, pero me alegro de no tener que repetírte la historia.

GUSTAVO.—¡Y me lo dices así, con esa tranquilidad, cuando debías estar muerta de vergüenza delante de mí! Porque todavía soy tu marido ¿comprendes? ¡Tu

marido!

CRISTINA.—¡No Gustavo, no, actitudes dramáticas no!

Has dejado de ser mi marido, en todos sentidos.— seguimos viviendo bajo el mismo techo y llevo todavía tu nombre de acuerdo. ¡Pero los lazos íntimos que unen un matrimonio, hace mucho, muchísimo tiempo que tú los rompiste!

GUSTAVO.—Pero tu deber...

CRISTINA (*Cortando*).—Te aconsejo que no tomes ese camino... Hablando de deberes, vas a salir muy mal parado ¿Puede hablar de deberes el hombre que abandona a su esposa días, semanas, meses enteros, cuyos asuntos son comidilla de toda La Habana? ¡Que se exhibe donde quiera con mujeres galantes! ¡Y que por fin y colmo, tiene el cinismo de enamorar a una "señora" en mi propia casa, sin respetar la amistad que nos unía!?

GUSTAVO.—¡Y qué! En último término, están saldadas nuestras cuentas! ¡Tu "aventura" con ese "oficialillo" bien vale todas las mías!

CRISTINA.—¡Estás completamente equivocado Gustavo, y si no estuvieses ciego de cólera y de rabia, no por un sentimiento noble y elevado claro está, sino porque consideras eso que llamas mi "aventura" como un ultraje a tu orgullo varonil, si no estuvieras ciego, te repito, no osarías compararlo!

GUSTAVO.—¡No veo la diferencia... además tú eres una mujer!

CRISTINA.—¿Y qué eran tus compañeras de amoríos? ¿Por qué piensan los hombres que son sagradas solamente la esposa, la madre o la hermana? ¿Acaso las otras, esas otras víctimas tuyas, no tenían padres o marido? ¿Pensaste en ellos cuando se trataba de conquistarlas? ¡No! ¡Eran el capricho, el pasatiempo para tí! ¡Tú eras el hombre, tú no tenías responsabilidad! ¡Ese código de moral masculina, ancho, ancho para ustedes, estrecho e intransigente para nosotras, cuando no somos las compañeras de aventura!

GUSTAVO.—Eso no disculpa tu engaño, tu disimulo!

CRISTINA.—¡Ni engaño, ni disimulo, Gustavo! Engaño sería, querer a otro, y mentirte amor a ti. ¿Qué tiempo hace que vivimos como extraños? Piensa un instante, un instante nada más y no podrás reprocharme ni un simple beso mentiroso. Dick me respetó siempre, y si escuchaste mi conversación con Elena sabes que sólo una vez me tuvo en sus brazos. Desde entonces busqué el momento de plantear nuestro divorcio y si no lo hice antes, es que esperaba la ocasión propicia para no interferir con tus negocios demasiado embrollados estos últimos tiempos... Cuando me enfermé y viniste, rechacé tus cuidados, no quería que ahora me lo echases en cara!

GUSTAVO.—¡Y yo que sufrí, que sufrí como un loco cuando te supe enferma, porque temí perderte para siempre!!

CRISTINA.—¡Ese calvario lo recorrí yo mil veces, y no por

el sendero duro, pero austero de la enfermedad, sino por los caminos bajos de tus calaveradas, de tus abandonos constantes! Y al fin de cada aventura tuya, siempre me quedaba un rayito de esperanza y una súplica en el fondo del alma. ¡Que sea la última vez Dios mío, que vuelva a mí! Y jamás te hice un reproche, ni te demostré mi dolor y soporté año tras año, las sonrisas compasivas, los gestos suavemente irónicos de las gentes.

GUSTAVO.—¿Por qué no me hablaste antes así?

CRISTINA.—¿Crees que hubiera podido abordar tu postura de cínico elegante? Te hubieras sonreído y me hubieras cortado con una frase indiferente. Ahora, que sufre tu orgullo, ahora, que sabes que me voy, te has vuelto humano porque te sientes herido por vez primera en tu vida!

GUSTAVO.—¡No puedo soportar la idea de que hayas querido a otro, de que hayas sentido por otro, una pasión que nunca sentiste por mí!

CRISTINA.—Cuando nos casamos, te quería ciegamente, tenía puesta en ti toda mi fe, toda mi vida, tú me elegiste por satisfacer un capricho, porque no podías conseguirme de otra manera... No tardé mucho tiempo en darme cuenta, me costó trabajo al principio, pero poco a poco comprendí bien claro, que nuestro matrimonio era una farsa, tú continuabas tu vida de soltero con las ventajas de estar casado. Era más fácil deshacerse de la amiga del momento cuando llegaba a comprometerte. Mi presencia, era un excelente pretexto.

GUSTAVO.—¡Eso no es cierto! Nunca mezclé tu nombre con los de otras mujeres, y además yo no sabía que tú...

CRISTINA.—¿Cómo ibas a saber, si mi gesto no se alteraba y mi sonrisa se había convertido en hábito! ¡Sonreía cada vez que me enviabas flores, sabiendo que eran exactas a las de la amante de turno! Las rosas, las orquídeas, las gardenias me contaban el gusto y las aficiones de la otra... pero tenía que sonreír y aun soportar las frases de mis amigas admiradas de tu perenne galantería.

GUSTAVO.—¡Cristina!

CRISTINA.—Lo de Dick, lo sabes tan bien como yo... Lo poco que fue y lo mucho que pesa en mi vida... Si honradamente crees que nuestras cuentas están saldadas al mismo nivel... lo siento, por ti. Pero no quiero pagarte con deslealtad y con engaño. Podía haberme callado, ya que nada me queda en la vida. Pude vengarme, aprovechándome ahora de tus sentimientos. Pero el engaño y la traición son pecados que precisamente, por ser mujer, no me perdonaría nunca...

GUSTAVO.—¿Por ser mujer? ¡¡Calla, calla! ¿Y no soy yo hombre y por serlo estoy aferrado a esa manera masculina de juzgar estas cosas?... Comprendo que por encima de todo, del hombre y la mujer, de ti y de mí, quizás tengas razón, quizás mi deuda fuese demasiado

grande, no soy tan cobarde como para evitar enfrentarme con mis errores. Pero lo que sí puedo asegurarte, si esto te sirve de consuelo, es que por mucho que tú hayas sufrido, por mucho que hayas llorado, no pasaste nunca por el infierno que estoy conociendo en estos momentos. Porque te quiero y me desprecio y me odio a mi mismo, por no saber dominar este dolor y esta vergüenza que no podrá apartarse nunca más de mi vida...

CRISTY.—Por eso mismo, quiero apartarme. Cuando yo me vaya, volverás a tu vida normal... El tiempo dicen que lo borra todo. Hasta yo quisiera creerlo...

GUSTAVO.—Cristina, escúchame! Yo... te necesito Cristina, te quiero, te quiero a pesar de todo y de todos... por eso... si yo te pidiera esperases... Tengo que irme... Esta vez de verdad... Es cierto que mis negocios están embrollados... podríamos hablar de nuevo... Ni tú ni yo somos ya unos chiquillos... quizás estos últimos minutos me hayan hecho conocerte mejor que todos los años anteriores... ¿Quieres esperar?

CRISTINA.—Esperar... ¿Crees que queda algo que merezca la espera?...

GUSTAVO.—¡Te lo ruego Cristina... es la primera vez que te pido algo... no solo por mí...!

CRISTINA.—Sí... es la primera vez que pides... Es raro oírte pedir...

GUSTAVO (*Inicia mutis, se lleva una mano al bolsillo.*)—Es raro y difícil pero... Si tú quisieras... Yo... yo... te había comprado... en fin no importa (*Da vueltas en las manos a un estuche y lo deja sobre la mesita, al hacer mutis.*)

(Pausa.)

CRISTINA.—No importa (*Para sí misma.*) Nada importa ya... (*Se acerca al sofá, coge el estuche, lo abre, saca una tarjeta.*) "Mis flores de hoy, quiero que sean eternas".

(CRISTINA *solloza, suena el teléfono, descuelga lentamente.*)

CRISTINA.—Sí, soy yo... (Pausa.) no, nada... (Pausa.) ¿Las pieles?... Si Elena las dejaste aquí, sobre la silla (Pausa.) Sí... ¿Por qué no?... mañana seguiremos jugando bridge aquí como siempre... (Pausa.) Tenías razón... como siempre Elena... como siempre... como siempre... (Ahora un sollozo mientras se corre la cortina muy lentamente.)

FIN DE LA COMEDIA

Caution: Professionals and amateurs are hereby warned that *Lo que no se dice...*, being fully protected under international copyright laws, is subject to a royalty. All rights are strictly reserved. For performing rights, contact the author through the Sociedad General de Autores y Editores, Fernando VI, 4, 28004 Madrid, Spain. Phone: 011-34 91-349 96 96 Fax: 011-34 91-349 97 12 Email: acarrion@sgae.es



directora

Sandra Harper Ohio Wesleyan University

directora adjunta

Polly J. Hodge Chapman University

directora para reseñas

Anita L. Johnson Colgate University

consejo de redacción

Komla Aggor John Carroll University

Hazel Cazorla University of Dallas

Victor Dixon University of Dublin

Ricardo Doménech Real Escuela de Artes

Dramáticas, Madrid

Sharon G. Feldman University of Richmond

Antonio Fernández Insuela Universidad de

Oviedo

John P. Gabriele College of Wooster

B. Antonio González Wesleyan University

Martha T. Halsey Penn State

Carolyn J. Harris Western Michigan

University

Marion P. Holt City University of New York

John Kronik Cornell University (In

Memorium)

Robert Lima Penn State

Patricia W. O'Connor University of

Cincinnati, Fundadora, *Estreno*

Mariano de Paco Universidad de Murcia

Anthony M. Pasquariello University of

Illinois (In Memorium)

Eduardo Pérez-Rasilla Universidad Carlos III,

Madrid

Peter Podol Lock Haven University

Francisco Torres Monreal Universidad de

Murcia

M^a Francisca Vilches de Frutos CSIC-Madrid

Jennifer Zachman St. Mary's College

Phyllis Zatlín Rutgers-The State University

ESTRENO invita la colaboración de sus lectores al recordarles que los artículos que publicamos pasan por el riguroso proceso de evaluación de las revistas académicas norteamericanas.

Los manuscritos (en español o en inglés), preparados de acuerdo con el formato MLA, deben enviarse por correo electrónico a snharper@owu.edu o por duplicado y con franqueo de vuelta a **ESTRENO**, 203A University Hall, Ohio Wesleyan University, Delaware, Ohio 43015. USA (740)368-3673. FAX: (740)368-3299. Web site: www.owu.edu/~estreno

Suscripción anual individuo \$15.00
 bienal individuo \$28.00
 anual institución \$28.00
 número suelto \$13.00

ESTRENO

CUADERNOS DEL TEATRO ESPAÑOL CONTEMPORÁNEO

revista semestral de teatro español contemporáneo
 publicada en Ohio Wesleyan University

A Biannual Journal of Contemporary Spanish Theater
 Published at Ohio Wesleyan University

RECEIVED

ÍNDICE AUG 18 2006

- 3 **TEATRO EN ESCENA/THEATER ON STAGE:**
 Dalí y Gala vuelven a Nueva York en *Casi una diosa*
 Susan Berardini
 Palabras de agradecimiento en el acto de entrega de la medalla de la ADE en el Teatro Español de Madrid el 30 de noviembre de 2005
 Jerónimo López Mozo
Danny y Roberta: (Una danza apache). Maite Jiménez, Frances Garcelán y Mariano de Paco muestran a *Danny y Roberta* con la máxima crudeza y credibilidad.
 Jerónimo López Mozo
Skin in Flames by Guillem Clua at the HotCity Theatre
 Kurt Taroff
- 8 **MESA REDONDA/ROUND TABLE:**
 DONEsenART
 Antonia Bueno
- 9 **Subversión femenina en guante de seda: La colaboración teatral de Isabel Fernández de Amado-Blanco y Cuqui Ponce de León**
 Patricia W. O'Connor
- 16 **TEXTO TEATRAL: LO QUE NO SE DICE...**
 Isabel F. de Amado-Blanco y Cuqui Ponce de León de Upmann
- 33 **Huellas de Laín Entralgo en *La doble historia del doctor Valmy* de Buero Vallejo**
 Thomas R. Franz
- 39 **Alfonso Vallejo: Reflexiones de un dramaturgo solitario**
 John Gabriele
- 43 **De la evasión a la culpa: Calixto Bieito y una *Verbena de la Paloma* (1996)**
 Teresa Herrera-De la Muela
- 46 **RESEÑAS/REVIEWS**
 Anita L. Johnson
- 50 **CARTELERA**
 Julio Checa

Cover design—Jeffrey Eads
 ISSN 0097-8663

©COPYRIGHT BY: **ESTRENO** 2005
 Department of Spanish, Ohio Wesleyan University
 Delaware, Ohio 43015

Fotocomposición en los talleres de: Penntek Enterprises
 626 Portsmouth Road
 State College, PA 16803